

buena disposicion con que acabó esta triste y cansada vida. Habíale avisado á este siervo suyo la Señora por medio de su imágen, que Juan Bernardino su tío, el Illmo. Obispo y él habian de gozar de la gloria de su Hijo, porque á su cargo estaba galardonarles lo que habian hecho por ella. Vió cumplida en su tío, segun prometia la buena disposicion de su muerte, esta palabra, y cumplirse en los dos otros, cuatro años despues, muriendo el Señor Obispo y Juan Diego en un mismo mes y año que fué el de 1548..... Circunstancia bien reparable que dá á entender que el sentimiento de la pérdida del santo pastor, á quien tenia Juan por padre y director en su espíritu, le apresuró la muerte. Y es cierto que quiso la piadosísima Madre de Dios que fuesen juntos al cielo á ver el original peregrino de que habian visto juntos, sacada en esta tierra, la peregrina copia que dejaban á México, venida de los cielos.»

163. Ofrecemos á Mr. N. que tan pronto como otras ocupaciones nos lo permitan, irémos á verle y continuaremos la muy útil y por demás grata que tenemos pendiente y bien adelantada, aunque no en vía de conclusion.

IX.

Postrera entrevista con Mr. N. en cuya virtud se substituyen las conferencias verbales con correspondencia escrita.

164. Llegó el dia que deseábamos, de pagar su visita á Mr. N.; hasta por la circunstancia de haber sido nuestras visitas alternadas, ya en el alojamiento del uno, ya en el alojamiento del otro, le

damos el nombre de visita de *pago* á la de que ahora vamos á hablar, porque él fué el que obligó á nuestra cortesía con la última que nos hizo. Estando pues nosotros en el lugar del depósito de llaves del hotel, informándonos con el empleado acerca de si Mr. N. se hallaba en sus habitaciones, y á tiempo que el dicho empleado se volvía á examinar el tablero donde las llaves se colocan cuando el dueño está fuera, llegó Mr. N. detrás de nosotros y nos puso cariñosamente sobre el hombro, la mano que fué resbalando por nuestro brazo hasta encontrar y estrechar la nuestra, y nos habló así:

165. —«*Here I am* [heme aquí] ¿Cómo está vd. Mr. X? Supongo que vd. siempre muy bien y me alegro mucho de ello; he visto á vd. en la calle y me apresuré á alcanzarle; pero solo hasta ahora lo he conseguido, y habiendo oido que preguntaba vd. por mí, creo que me vendrá á visitar, por lo que tengo mucho gusto; vamos á mi cuarto.»

Una vez en la pieza en que recibia Mr. N. le dijimos:

—«Y vd., amigo mio, ¿cómo se encuentra de salud? ¿Bien? gracias á Dios por ello y me alegro mucho. Experimento una pequeña contrariedad y se la voy á manifestar en seguida: en la calle, donde vd. me ha visto, tal vez estaba vd. acabando de salir y se dirigia á alguna parte por negocio ó por paseo; no quiero frustrarle el un objeto y sentiria privarlo del otro.»

—«Nada de eso, nada de eso, replicó Mr. N.; volvía de una de mis excursiones y por cierto que viene vd. muy á tiempo para comunicarle el negocio que fuí á arreglar. Mis asuntos me obligan á dejar esta ciudad tal vez por seis ú ocho meses y

á residir, durante ese tiempo, y repartiéndolo en.... (algunas del interior) porque, aunque el principal objeto de mi viaje y salida de mi país, ha sido por el placer y por los conocimientos que los viajes proporcionan, y así he hecho ya muchos, una casa comercial, que además de ser de amigos, administra bienes de la viuda y de los huérfanos de un finado hermano mio, me ha rogado que intervenga en este país en negocios industriales, mineros y de ferrocarriles que está resuelta á emprender: yo he creído que era un egoísmo rehusar, y como por otra parte los buenos oficios que á la negociacion voy á prestar no me quitarán mi tiempo para dedicarlo á mis observaciones y estudios favoritos, he creído tambien que debia condescender. Tal es el motivo de mi partida de México que voy á verificar dentro de cuatro dias, con positivo sentimiento, porque no he permanecido aquí todo el tiempo que me proponia; sin embargo, volveré y no estaré en esta bella ciudad de paso, sino que me detendré por tiempo considerable. Mas entre tanto yo no quisiera suspender las interesantes investigaciones á que, ayudándome vd. tan bondadosamente, me he dedicado; y toda esta noche pasada he estado cavilando sobre la manera de continuar y me he resuelto, aunque con algun empacho á pedirle á vd. que se tome la molestia de que prosigamos nuestros asuntos por medio de una ininterrumpida correspondencia epistolar. ¿Qué me dice vd. amigo mio?

—«Que les dé vd. á las palabras, le contesté, el valor que tienen; acaba vd. de llamarme amigo, título que con la mayor satisfaccion mia hace tiempo que nos estamos dando y me habla vd. de molestias: de ello he inferido que vd. no le dá sino un pequeño valor á la palabra amigo, y desnaturaliza

vd. los oficios de la amistad llamándolos molestias: ya está viendo vd. que me tomo la libertad de ser amigo reñidor, es decir, de confianza, y que le he reconvenido porquē no me la tiene para disponer de mí en cuanto guste; es decir, que acepto la proposicion: mas vamos formando nuestro plan desde luego, porque probablemente será la última vez que nos veamos: yo tambien tengo que salir de México, desde esta tarde misma, á una poblacion cercana y no volveré antes de cinco dias. Hoy no nos ocupemos mas que en este plan y voy á proponérselo á vd. en seguida: desde luego le digo que, antes de partir yo, escribiré y le mandaré á vd. tres cartas de introduccion para otros tantos amigos de la mayor confianza y personas ilustradísimas, que tengo en las ciudades de que vd. me ha hablado: esos amigos, lo estoy previendo, lo van á ser de vd. desde su primera entrevista y nos servirá cualquiera de ellos admirablemente bien, sobre todo para uno de los estudios que hemos emprendido, es á saber para el que solo está iniciado: el exámen en materia religiosa; porque yo me complazco sobremanera en que vd. tome muy á pechos no aplazar ni dejar de la mano nuestros estudios. Además hay que advertir, sin que ello sea una intempestiva modestia mia, que por sus profundos conocimientos, cualquiera de los tres es mas capaz de ayudar á vd. eficazmente, en el estudio á que vengo aludiendo: en cuanto al que tenemos adelantado, fuera de prestarse mejor á la forma epistolar, que con las trascripciones que he tenido el honor de hacerle á vd. está ya indicada, el estado en que lo dejamos hace innecesaria la intervencion de cualquiera otra persona. ¿Qué le parece á vd. mi plan?

—«Excelente, porque aunque yo sienta que no sea mos vd. y yo, que tan bien hemos congeniado, los que nos ocupemos en el estudio de mas interés que habré hecho en toda mi vida, si él no se presta tan bien como fuera de desearse á la forma epistolar, lo que creo comprender, tendré que prescindir de vd. antes que suspenderlo, pues que amigo es Platon; pero mas amiga es la verdad. Ya ve vd. que yo tambien le correspondo al amigo reñidor, como amigo franco y de confianza. Quedamos, pues, en que nos escribiremos acerca de la historia de la Aparicion y pintura de la Virgen de Guadalupe, y además, no habrá inconveniente, yo creo, en tener á vd. al tanto de mi otro estudio con el amigo que vd. me depare, y mis negocios me indicarán quien haya de ser, segun que sobre el terreno me fije en cuál de las ciudades de que he hablado á vd. he de residir por mas tiempo; pues primero deberé hacer una excursion, deteniéndome solo cosa de ocho dias en cada una, para escoger mi residencia mas ordinaria.»

—«Todo perfectamente, le contestamos, y ahora despedámonos, porque tiene vd. que hacer sus arreglos y yo que escribir las cartas: no nos separamos realmente, porque estamos unidos con unos sentimientos entre los que no se puede interponer la distancia, y Dios nos ha de conceder volver á vernos.»

—«Hasta la vista.»

—«Hasta la vista.»

Estas fueron nuestras últimas conmovidas palabras al ponernos en pié en la sala de Mr. N., y repetidas para comenzar á bajar nosotros la escalera del hotel, hasta cuyo lugar Mr. N. insistió en acompañarnos.

X.

Carta de Mr. N. escrita en la ciudad de G.....—Agosto de 1882.— *Anuncio de objeciones á la historia de las Apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe.*

166. Mi querido amigo: Hace tres dias que he llegado á esta ciudad. Muy probablemente me detendré no solo ocho dias, segun habia pensado y comunicado á vd., sino dos semanas; mi alojamiento es en calle de..... núm..... y espero antes de partir para..... recibir la deseada contestacion á esta mi carta.

Vd. comprenderá fácilmente, segun que me ha visto tomar muy á pechos el asunto de la Virgen de Guadalupe, que desde el primer dia en que nos separamos, permaneciendo yo todavía tres en esta ciudad, dediqué á la lectura y meditacion del último manuscrito que vd. me dejó, no pocas horas.”

167. «Despues, la víspera de salir yo de la ciudad, vino á mis manos la «Memoria escrita por D. Juan Bautista Muñoz cosmógrafo de Indias y miembro de la Real Academia de la Historia, publicada en 18 de Abril de 1794.» Le diré á vd. como llegó á mi poder el documento: hallábame en el escritorio de uno de los correponales de la casa en cuyos negocios intervengo, con quien habia contraído desde á poco de mi llegada algunas relaciones, y hecho los arreglos que á verlo me llevaron, me ocurrió preguntarle si sabia donde podría conseguir yo algunos libros relativos á la historia de la Virgen de Guadalupe. El caballero me nombró y señaló dos ó tres librerías de la ciudad, y añadió

que podría él mismo proporcionarme uno que se conservaba en la familia, dejado por el finado señor su padre, quien lo habia habido como regalo y obsequio de amistad del sábio autor su paisano; y sin mas decir se entró á otro gabinete en donde tenía sus libros y despacho particular, volviéndo á poco con la mencionada Memoria.»

168. «He leído el folleto durante las largas horas de la travesía del ferrocarril hasta esta ciudad, y como ví que es una impugnacion, desde luego me propuse—y lo puse por obra—hacer apuntes para comunicárselos á vd. como lo hago, á fin de que me resolviese las dificultades, porque, en el estado de ánimo en que me encuentro, verdaderamente sentiría que los argumentos contrarios fueran incontestables.»

169. «He presentado ya una de las cartas de introduccion que vd. tuvo la bondad de darme y por cierto que debo felicitar me de ello, pues sobre haber tenido el gusto de relacionarme con un honorable y cumplido caballero, me ha servido de mucho esta relacion para evitarme un percance tal vez de muy desagradables consecuencias: es el caso que ayer, por consejo del administrador del hotel, fuí á dar un paseo al pueblecito..... distante de esta ciudad como unas siete millas. Se me dijo que el lugar era interesantísimo por su variada y exuberante vegetacion, por un extenso y no lejano bosque de maderas de pino y de roble y por la abundancia de aguas que lo riegan, descendiendo alguna de sus corrientes de considerable altura, que hace que pueda utilizarse como fuerza para dar movimiento á una maquinaria. No quise salir á las afueras del pueblo sin dar primero una

vista á la plaza y á la iglesia que naturalmente creí que era lo mas interesante de ver.»

170. «Cuando iba á entrar á la plaza por una de las callejuelas que en ella desembocan, observé que por otra parte entraba un grupo notable de hombres, de mujeres y de niños, en son tumultuoso, dejando escuchar vociferaciones amenazantes. Parecian ser objeto de la indignacion popular dos personas de aspecto y trage de americanos del Norte. El desagradable encuentro me hizo volver sobre mis pasos, prescindiendo por entonces de mi curiosidad, y atenerme ya únicamente á lo que pudiera mirar de interesante en los contornos. No habria andado áun cien pasos, cuando sentí rumor de gente que llevaba mi direccion, me detuve para dejarla pasar, mas ya cerca se paró el grupo y un individuo me interpeló agriamente, preguntándome que si yo tambien era “de los que vienen á hacerle la guerra á Dios y á la religion, y á malearles á sus hijos para cogerse despues su tierra.” Naturalmente respondí que yo era un extranjero de paz, que no me mezclaba en las cosas de la religion ni en las de su patria; y como no daban muestras de creerme y para contradecirme ya hablaban cuatro ó cinco á la vez, y á cual mas fuerte para hacerse escuchar, no sé hasta donde habrian llegado las cosas si no aparece por aquel lugar el R. Señor..... á quien como he dicho habia entregado la carta de vd. el dia anterior.”

171. «Una sola mirada le bastó para comprender de que se trataba y poniéndose á mi lado se dirigió con autoridad y dulzura al grupo que á mí se habia encarado diciéndoles: «hijos míos no midan á todos los extranjeros con la misma vara; los hay que son verdaderamente buenos y el trato con ellos

nos ha de ser muy útil: uno de tantos es el que está á mi lado. Aun en cuanto á los perversos, respecto de quienes vds. con un instinto muy certero comprenden los males con que nos amenazan en nuestra religion y en nuestra patria, no sean vds. agresivos, porque nada se ha de remediar con hostilidades y tropelías; quédense, representen, y aunque se desoigan sus quejas y se desechen sus representaciones, vuelvan á elevarlas á la superioridad, perseveren en ellas y además cuiden mucho de la educacion de sus hijos, como tantas veces se los he indicado. Sobre todo, pidan mucho, con confianza y con fervor, á Dios, por la intercesion de nuestra Madre Santísima de Guadalupe, que cuide y defienda nuestra religion y nuestra patria.» Bastante se serenaron todos aquellos hombres que habian escuchado con marcado respeto á su pastor; mas una exclamacion mia acabó por hacerlos llegar á estrechar mi mano, inclinando todos la cabeza como si fueran á besarla: cuando el R. Señor concluía su ingenuo discurso, yo conmovido no pude menos que exclamar ¡Oh! ¡La Virgen de Guadalupe! ¡Yo la quiero mucho! y nada tengo contra la patria de estos señores.»

172. «Por el dia citado, y con la contrariedad ocurrida, ya nada pude adelantar en mis observaciones en el repetido pueblecito y emprendí el camino de vuelta llegando á la ciudad y á mi alojamiento bastante tarde; mas proponiéndome no desistir de tal paseo con las precauciones que el R. Señor Dr..... me sugiriese. Entre tanto he aquí mis reflexiones: ¿que espíritu impulsa y guía á estos Señores de la propaganda religiosa de las mil sectas americanas? ¿Para que vienen á un pueblo católico y por consiguiente cristiano? ¿No

es una cosa admitida en todas las indicadas denominaciones, que bajo cualquier confesion de fé en Cristo se encuentra la salud eterna [Bien sé que los católicos sostienen que fuera de la verdadera Iglesia no hay salvacion]? ¿Porque no van á evangelizar á las naciones y á las tribus infieles?»

173. «Le habrá causado á vd. estrañeza, amigo mio, oirme hablar de la manera que lo he hecho; á mí, un protestante inglés. Pues salga vd. de su estrañeza considerando en primer lugar, que en el estado de despreocupacion por mis antiguas creencias, en que me encuentro, yo no puedo descubrir un fin plausible ni fructuoso en la propaganda de las sectas entre los católicos. Además, creo conocer al pueblo americano del norte; he asistido como inglés que conoce la propia historia, por cierto no lejana á su formacion, y estoy viendo y apreciando dia con dia las tendencias y los actos de ese pueblo y de sus gobiernos, en el interior y en el exterior de su propio país. En dos palabras: me voy convenciendo en materia de religion de que el catolicismo es un cristianismo completo, y empeñado estoy en descubrir si en efecto no está sobrecargado con lo que yo y los míos hemos llamado lo supersticioso; sucediendo por consiguiente, que en las demas profesiones no católicas, sean de la denominacion que fueren se conserve un cristianismo mutilado, sin completo conjunto y sistema de verdades, lo que hace de él un cuerpo deforme é inhábil para alcanzar los fines propuestos por el Divino fundador: me voy convenciendo tambien, en materia de ciencia social, de que actualmente ningun pueblo, y menos el americano, piensa en otra cosa ni hace cosa alguna sino por fines únicamente interesados.»

174. «Después de haberme extendido tanto en esta carta, creo que no deberé alargarme más. A bien que para tener la satisfacción de manifestar mis afectuosos sentimientos hacia vd..... esta sola frase me ha bastado.—De vd. etc.—N.»

XI

Contestacion por medio de otra á la carta de Mr. N.—Aplazamiento para su tiempo de la respuesta á las objeciones.—Remision de manuscritos.

175. «México, Agosto..... 1882.—Mi muy querido amigo.—Celebro mucho haber tenido noticias tuyas porque estas noticias han sido para mí gratas por un doble motivo: primero, vd. se conserva bueno y ha salido bien librado de un lance desagradable; y segundo, me ha hecho vd. conocer su modo de pensar verdaderamente juicioso, imparcial y acertado al hablarme de la propaganda [no puedo llamarla religiosa] irreligiosa de la política y de las sectas americanas en mi pobre país. Bien, muy bien, amigo mío, no es vd. un descreído; sus creencias de vd. van aquilatándose y han de llegar, lo aseguro, á la pureza é integridad del catolicismo: su corazón de vd. siempre bien formado, entero y noble, se mueve por la verdad y va apasionándose por el amor que en las almas religiosas tiene el más significativo nombre de caridad. La explicación de la propaganda de las sectas en México es fácil que la adivinemos.»

176. «El espíritu que probablemente impulsa y guía, he de ser franco, á esos señores americanos del Norte para venir como evangelizadores á un país cristiano, es el de establecer por acá su in-

fluencia, su intervención y su predominio político. Con otras ventajas apreciables en dinero, se conformarán respecto de otros países en que no tengan puesta todavía su mirada conquistadora. Tal es la única explicación aceptable de la prodigalidad con que invierten inmensas, casi fabulosas sumas de dinero para venir á descatolizar,—lo que muy luego, por la fuerza indeclinable de las cosas, se convertirá en descristianizar, á la miserable raza indígena y demás gente proletaria del país. Si vienen á un pueblo que es cristiano haciendo, sin embargo, oposición y verdadera guerra á la creencia cristiana en él admitida, acabarán por introducir la duda, la desconfianza, la aversión hacia todo cristianismo en el pueblo ignorante; la relajación, la indiferencia y la impiedad en el pueblo vicioso; lo habrán destruido todo sin edificar cosa alguna. No van á las naciones infieles de preferencia, en vez de venir á México, sino porque allí no hay iguales probabilidades de hacer prosperar el comercio y las empresas lucrativas y de atrapar ricos territorios. Nada saben ni quieren saber sobre lo necesario para merecer en la vida la salud eterna: en esto no se piensa sino solo en el tiempo, porque *el tiempo es dinero* y á las empresas, á las compañías, á las sociedades y á los gobiernos, ninguna otra cosa les debe preocupar más que las riquezas y los goces que con ellas se procuran.»

177. «No esperaba de vd. relativas á nuestros estudios acerca de Nuestra Señora de Guadalupe, objeciones sacadas de la memoria histórica de D. Juan Bautista Muñoz; si esperaba que cuando vd. lo encontrase oportuno, me hiciese sus propias objeciones para aclarar los puntos que tratamos.